MARY SHELLEY EL MORTAL INMORTAL

EL MORTAL INMORTAL

Mary Shelley



Mary shelley

El mortal inmortal



Mary Shelley

Mary Wollstonecraft Godwin nació el 30 de agosto de 1797, en Londres, Inglaterra. Fue biógrafa, dramaturga, ensayista y narradora. Es considerada como la iniciadora en obras de ciencia ficción de la historia.

En 1814 inició una relación sentimental con Percy Shelley. En 1816 realizaron un viaje a Ginebra, Suiza, donde en coautoría al poeta Lord Byron, escribieron la novela *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818), esta obra es el primer texto de ciencia ficción en que se desarrollan temas como: la moral científica, la creación y destrucción de la vida; se concibe como un relato de terror y maneja un concepto de carácter científico, moral y filosófico sobre el derecho del ser humano a crear vida inteligente. Escribió otras novelas como: *Valperga* (1823) y *Perkin Warbeck* (1830), *El último hombre* (1826), novela apocalíptica; y sus dos últimas novelas: *Lodore* (1835) *y Falkner* (1837) y *Caminatas en Alemania e Italia* (1844).

Murió el 1 de febrero de 1851, en Chester Square, Londres.

El mortal inmortal
Mary Shelley

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL MORTAL INMORTAL

16 de julio de 1833

Este es un aniversario memorable para mí. ¡En esta fecha celebro mi cumpleaños trescientos veintitrés!

¿El *Judío Errante*? Por supuesto que no. Sobre su cabeza han pasado más de dieciocho siglos. En comparación con él, yo soy un inmortal muy joven.

Entonces, ¿soy un inmortal? Es una pregunta que me he formulado día y noche durante trescientos tres años, y aún no soy capaz de contestar. Hoy mismo detecté una cana entre mi pelo castaño… sin duda significa decadencia. No obstante, puede que haya permanecido oculta durante trescientos años, ya que algunas personas han encanecido por completo antes de cumplir los veinte años.

Contaré mi historia y el lector juzgará por mí. Contaré mi historia, y así procuraré pasar algunas horas de una larga eternidad, tan agotadora para mí. ¡Para siempre! ¿Puede ser? ¡Vivir para siempre! He oído hablar de encantamientos en los que las víctimas fueron arrojadas a un profundo sueño, para despertar después de cien años tan jóvenes como siempre; he oído hablar de los *Siete Durmientes*, sin ser agotador ser inmortal así; pero, ¡oh!, la carga del tiempo interminable, el paso tedioso de

las horas. ¡Qué feliz era el legendario Nourjahad! Vuelvo a mi tarea.

Todo el mundo ha oído hablar de Cornelius Agrippa. Su recuerdo es tan inmortal como sus artes me hicieron a mí. Todo el mundo también ha oído hablar de su alumno, quien, sin saberlo, despertó al espantoso espíritu durante la ausencia de su maestro y fue destrozado por él. El informe, cierto o falso, de este accidente fue escuchado con grandes inconvenientes para el renombrado filósofo. Todos sus discípulos le abandonaron en el acto… sus sirvientes desaparecieron. No tenía a nadie cerca de él para que alimentara con carbón sus fuegos siempre llameantes mientras dormía, o cuidara de los colores cambiantes de sus medicinas mientras estudiaba. Experimento tras experimento fracasó, ya que un par de manos no bastaba para acabarlos: los espíritus oscuros se rieron de él por no ser capaz de retener a un solo mortal a su servicio.

Entonces yo era muy joven —muy pobre— y estaba muy enamorado. Había sido durante casi un año el pupilo de Cornelius, aunque me encontraba ausente cuando este accidente tuvo lugar. Al regresar, mis

amigos me imploraron que no me quedara en la morada del alquimista. Temblé mientras escuchaba la terrible historia que me narraron; no me hizo falta una segunda advertencia. Y cuando Cornelius llegó y me ofreció una bolsa de oro si permanecía bajo su techo, sentí como si el mismo Satanás me estuviera tentando. Me castañetearon los dientes, el pelo se me puso de punta y corrí a la velocidad que me lo permitieron las débiles rodillas.

Mis titubeantes pasos me condujeron al mismo lugar al que durante dos años había sido atraído cada noche: una fuente de puras aguas blancas y burbujeantes junto a la cual había una muchacha de cabellos oscuros, cuyos ojos brillantes estaban clavados en el sendero que yo solía recorrer todas las noches. No puedo recordar la hora en que no amé a Bertha. Habíamos sido vecinos y compañeros de juegos desde la infancia; sus padres, como los míos, eran humildes, pero respetables y nuestra relación había sido una fuente de gozo para ellos. En una hora nefasta, una fiebre maligna se llevó a su padre y a su madre, dejando a Bertha huérfana. Habría encontrado un hogar bajo mi techo paterno, pero lamentablemente la vieja dama del castillo próximo, rica, sin hijos y solitaria, declaró su intención de adoptarla. A partir de ese instante

Bertha vistió con sedas, habitó en un lugar de mármoles y se la consideró favorecida por la fortuna. Sin embargo, en su nueva familia, Bertha siguió siendo leal al amigo de días más humildes; a menudo visitaba la cabaña de mi padre, y cuando se le prohibió venir, se desviaba hacia el bosque cercano y se encontraba conmigo junto a su umbría fuente.

A menudo declaró que no le debía una lealtad a su nueva protectora igual de sagrada a la que nos unía a nosotros. No obstante, yo seguía siendo demasiado pobre para casarme y ella se cansó de verse atormentada por mi culpa. Tenía un espíritu altanero, pero impaciente y se encolerizó por los obstáculos que impedían nuestra unión. Ahora nos encontrábamos después de un periodo de ausencia, y ella había estado profundamente molesta mientras yo me encontré lejos; se quejó con amargura y casi me reprochó el ser pobre. Yo me apresuré a responder:

—¡Aunque pobre, soy honesto! ¡Si no, pronto podría ser rico!

Esta exclamación provocó mil preguntas. Temí asustarla contándole la verdad, mas logró sacármela; y entonces, lanzándome una mirada de desdén, dijo:

—¡Dices amarme, pero temes enfrentarte al Diablo por mí!

Protesté que solo había temido ofenderla, pero ella siguió pensando en la magnitud del premio que recibiría. Así: animado, humillado por ella, empujado por el amor y la esperanza, riéndome de mis últimos temores, con pasos rápidos y corazón ligero regresé a aceptar la oferta del alquimista y al instante me instalé en mi puesto.

Pasó un año. Me convertí en poseedor de una considerable cantidad de dinero. La costumbre había desterrado mis temores. A pesar de la más dolorosa vigilancia, jamás había detectado rastro de un pie satánico, ni el estudioso silencio de nuestra morada se vio perturbado alguna vez por un aullido demoníaco. Aún mantenía mis citas robadas con Bertha, y la esperanza vivía en mí —esperanza—, pero no el gozo perfecto, pues Bertha imaginaba que el amor y la seguridad eran enemigos y su placer era el de dividirlos en mi pecho. Aunque de corazón leal, tenía una naturaleza algo coqueta,

y yo era celoso como un turco. Me menospreciaba de mil maneras, aunque jamás reconocía estar equivocada. Me enloquecía de ira, y luego me obligaba a pedirle perdón. A veces manifestaba que yo no era demasiado sumiso, y entonces me contaba alguna historia de un rival favorito de su protectora. Estaba rodeada por jóvenes vestidos con seda —ricos y despreocupados—, ¿qué posibilidad tenía el humilde aprendiz de Cornelius comparado con ellos?

En una ocasión, el filósofo me exigió tanto tiempo personal que fui incapaz de reunirme con ella tal como era mi deseo. Este se hallaba ocupado en un importante trabajo y yo me vi obligado a quedarme, día y noche, alimentando sus hornos y vigilando sus preparados químicos. Bertha me aguardó en vano junto a la fuente. Su altivo espíritu se encendió ante mi descuido, y cuando por fin logré escaparme durante los pocos minutos que se me concedían para dormir, esperando consolarla, me recibió con desdén, me despidió con desprecio y juró que cualquier hombre poseería su mano en lugar de aquel que no podía estar en dos lugares al mismo tiempo por su amor. ¡Sería vengada! Y en verdad que lo fue. En mi sucio refugio oí que había ido de caza en compañía de

Albert Hoffer. Este tenía el favor de su protectora, y los tres pasaron montados en sus caballos delante de mi humeante ventana. Me pareció que mencionaban mi nombre… seguido por una risa despectiva mientras sus oscuros ojos se alzaban con menosprecio hacia mi morada.

Los celos, con todo su veneno y su miseria, entraron en mi pecho. Derramé un torrente de lágrimas al pensar que jamás la llamaría mía, y lancé mil maldiciones a su inconstancia. No obstante, aún tuve que avivar los fuegos del alquimista y atender los cambios de sus ininteligibles medicinas.

Cornelius había guardado vigilia durante tres días y tres noches, sin cerrar nunca los ojos. El progreso de sus alambiques era más lento de lo que esperaba: a pesar de su ansiedad, el sueño le pesaba en los párpados. Una y otra vez hacía a un lado la somnolencia con energía más que humana; una y otra vez penetraba en sus sentidos. Observó sus crisoles con añoranza.

—Todavía no están listos —murmuró—; ¿ha de transcurrir otra noche antes de que el trabajo esté conseguido? Winzy, tú eres vigilante, eres leal… tú has

dormido, muchacho, tú has dormido anoche. Mira ese frasco de cristal. El líquido que contiene es de un rosa pálido, en el momento en que su tonalidad cambie, despiértame; hasta ese momento podré cerrar los ojos. Primero se volverá blanco, y luego emitirá destellos dorados, pero no aguardes hasta entonces. Cuando el rosa se desvanezca, levántame.

Apenas oí las últimas palabras, ya que habían sido musitadas casi en sueño. Y aun así no cedió del todo ante la naturaleza.

—Winzy, muchacho —repitió—, no toques el frasco… no te lo lleves a los labios es un filtro… un filtro para curar el amor, tú no quieres dejar de amar a tu Bertha… ¡cuídate de beberlo!

Y durmió. Su venerable cabeza se hundió en su pecho y oí débilmente su respiración regular. Durante unos minutos observé el frasco… la tonalidad rosada del líquido permaneció inalterada. Luego, mis pensamientos vagaron: visitaron la fuente y repasaron mil escenas encantadoras que jamás serían renovadas… ¡Jamás! Víboras y culebras se cobijaban en mi corazón mientras la palabra «¡Jamás!» se formaba a medias en mis labios.

¡Mujer falsa! ¡Falsa y cruel! Nunca más me sonreiría como le sonrió aquella noche a Albert. ¡Mujer despreciable, detestable! No me quedaría sin ser vengado… vería morir a Albert a sus pies, ella moriría también bajo mi venganza. Había sonreído con desdén y triunfo, sabía de mi desgracia y de su poder. Sin embargo, ¿qué poder poseía? El de estimular mi odio, mi absoluto desprecio, mi… ¡Oh, todo menos mi indiferencia! Si tan solo pudiera conseguir eso, mirarla con ojos indiferentes, transfiriendo mi amor rechazado a una mujer más hermosa y más leal, ¡eso sí que sería una victoria!

Un relámpago brillante surgió ante mis ojos. Había olvidado la medicina del adepto; la miré maravillado: relámpagos de admirable belleza, más brillantes que los destellos que emite un diamante cuando se posan los rayos del sol en él, salían de la superficie del líquido, un olor de lo más fragante y grato invadió mi olfato; el frasco parecía un globo de brillo vivo, adorable al ojo y de lo más invitador al paladar. El primer pensamiento que tuve, inspirado por los sentidos menos nobles, fue: beberé… debo beber. Alcé el frasco a los labios.

—¡Me curará del amor… de la tortura!

Ya había vaciado la mitad del licor más delicioso que jamás hubiera probado un paladar humano, cuando el filósofo se agitó. Me sobresalté y dejé caer el frasco de cristal: el líquido llameó y danzó sobre el suelo mientras yo sentía la mano de Cornelius en mi cuello al tiempo que gritaba:

—¡Desgraciado! ¡Has destruido el trabajo de mi vida!

El filósofo ignoraba que yo hubiera bebido algo de su droga. Creía, con mi asentimiento tácito, que había levantado el frasco por curiosidad y, asustado por su brillo y los destellos de intensa luz que emitía, lo había dejado caer. Nunca le saqué de su engaño. El fuego de la medicina estaba apagado, la fragancia desapareció… y él se calmó, como todo filósofo bajo la prueba más dura y me mandó a descansar.

No intentaré describir el sueño de gloria y felicidad que bañó mi alma en el paraíso durante las restantes horas de aquella noche memorable. Las palabras serían opacas y huecas para explicar mi gozo o la alegría que dominaba mi pecho cuando desperté. Caminaba en el aire… mis pensamientos moraban en el cielo. La tierra

parecía el cielo, y mi herencia en ella era la de un trance de júbilo.

«Esto es estar curado del amor —pensé—. Veré a Bertha hoy y encontrará a su amor frío y distante; demasiado feliz para ser desdeñoso, ¡pero terriblemente indiferente hacia ella!».

Las horas transcurrieron rápidamente. El filósofo, seguro de que había tenido éxito en una ocasión y creyendo que podría tenerlo de nuevo, comenzó a mezclar la misma medicina una vez más. Se encerró con sus libros y drogas y yo disfruté de vacaciones. Me vestí con esmero, me miré en un viejo, pero bruñido escudo que me sirvió de espejo. Creí que mi apariencia había mejorado de manera maravillosa. Me apresuré a salir de los límites de la ciudad, con el alma bañada por el júbilo y rodeado por la belleza del cielo y de la tierra. Encaminé mis pasos hacia el castillo… y ya podía ver sus altas torreras con corazón ligero, pues estaba curado del amor. Mi Bertha me vio lejos mientras subía por la avenida. No supe qué impulso súbito animó su pecho, pero al verme bajó con la agilidad de un fauno por las escaleras de mármol y corrió hacia mí. Sin embargo, otra persona

me había observado. La vieja bruja de noble cuna, esa que se llamaba su protectora, y que era su tirana, también me había visto. Cojeó, jadeante, terraza arriba, mientras un paje, tan feo como ella, la ayudaba y la abanicaba mientras avanzaba, y detuvo a mi hermosa niña con las siguientes palabras:

—¿Adónde vas, mi intrépida señora… adónde con tanta prisa? De regreso a tu jaula… ¡Los halcones andan sueltos!

Bertha juntó las manos… con los ojos aún clavados en mi silueta cada vez más próxima. Vi el enfrentamiento. Cuánto odié a la vieja bruja que frenaba los amables impulsos del suavizado corazón de mi Bertha. Hasta ahora, el respeto por su posición social me había hecho evitar el castillo de la anciana dama; en esta ocasión desdeñé tales consideraciones triviales. Estaba curado del amor y elevado por encima de todos los temores humanos. Aceleré el paso, y pronto llegué a la terraza. ¡Qué hermosa se veía Bertha! Sus ojos lanzaban llamas, las mejillas le brillaban con impaciencia y furia, estaba mil veces más encantadora y grácil que nunca… Yo ya no la amaba. ¡Oh, no! ¡La adoraba, la idolatraba!

Aquella mañana había sido hostigada con algo más que la vehemencia habitual para que consintiera en un matrimonio inmediato con mi rival. Se le reprochó el aliento que le había mostrado… y se la amenazó con echarla en desgracia y humillación. Ante esa amenaza, su orgulloso espíritu se sublevó; pero cuando recordó el desdén con que me había tratado y cómo, quizá, de esa manera había perdido a la única persona que ahora consideraba su único amigo, lloró con remordimiento y con furia. En ese momento aparecí yo.

—¡Oh, Winzy! —exclamó—. Llévame a la cabaña de tu madre; rápido, deja que abandone los lujos odiados y la perfidia de esta noble morada… llévame a la pobreza y la felicidad.

La abracé con arrebato. La vieja dama estaba muda de ira, y comenzó a soltar imprecaciones cuando nos encontramos ya de camino hacia mi casa natal. Mi madre recibió a la hermosa fugitiva, que había escapado de una jaula de oro en busca de la naturaleza y la libertad, con ternura y júbilo; mi padre, que la amaba, le dio una calurosa bienvenida. Fue un día de gozo que no necesitó

la adición de la poción celestial del alquimista para sumirme en el deleite.

Poco después de aquel memorable día, me convertí en el marido de Bertha. Dejé de ser el alumno de Cornelius, pero seguí siendo su amigo. Siempre sentí gratitud hacia él por haberme conseguido, aunque involuntariamente, esa espléndida pócima de un elixir divino, que, en vez de curarme del amor (¡Triste cura!, solitario e infeliz remedio para males que parecen bendiciones al recuerdo), me había inspirado valor y decisión, haciéndome ganar un inestimable tesoro en la persona de mi Bertha.

A menudo recordaba maravillado ese periodo embriagador casi de trance. La bebida de Cornelius no había cumplido la misión para la que él afirmaba que había sido preparada, pero sus efectos eran más potentes y felices de lo que pueden expresar las palabras. Poco a poco habían pasado, aunque aún permanecían, y coloreaban la vida con tonalidades de esplendor. A menudo Bertha se preguntaba por mi ligereza de corazón y mi inusual júbilo, ya que antes yo había sido más bien de disposición seria, incluso triste. Me amaba más por mi

temperamento vivaz, y nuestros días estuvieron en alas de la alegría.

Cinco años después fui llamado repentinamente al lecho del moribundo Cornelius. Me había mandado buscar, solicitando mi presencia inmediata. Le encontré tumbado en su camastro, debilitado hasta la muerte. La vida que aún le quedaba animaba sus penetrantes ojos, que estaban clavados en un frasco de cristal, lleno con un líquido rosado.

—¡Mira —dijo, con voz rota y remota— la vanidad de los deseos humanos! Por segunda vez mis esperanzas estaban a punto de verse coronadas, y por segunda vez fueron destruidas. Mira ese licor… ¿recuerdas que hace cinco años también lo preparé con el mismo éxito? Entonces, como ahora, mis sedientos labios esperaban probar el elixir de la inmortalidad… ¡tú me lo quitaste! Y ahora ya es demasiado tarde.

Habló con dificultad, y volvió a caer sobre la almohada. No pude evitar preguntar:

—¿Cómo, reverendo maestro, puede una cura para el amor restaurar la vida?

Una débil sonrisa le iluminó la cara mientras escuchaba con atención su respuesta apenas inteligible.

—Una cura para el amor y para todas las cosas: el Elixir de la Inmortalidad. ¡Ah! ¡Si ahora pudiera beber, viviría para siempre!

Mientras hablaba, el líquido lanzó un destello dorado: una fragancia que recordaba perfectamente inundó la atmósfera. Cornelius se incorporó, débil como estaba —la fuerza pareció invadir milagrosamente su cuerpo—, alargó la mano… una explosión sonora me sobresaltó. ¡Una lengua de fuego salió disparada del elixir y el frasco de cristal que lo contenía quedó reducido a átomos! Giré los ojos hacia el filósofo; había vuelto a echarse: tenía los ojos vidriosos, las facciones rígidas… ¡estaba muerto!

¡Pero yo vivía, y viviría para siempre! Eso dijo el desafortunado alquimista, y durante unos días creí sus palabras. Recordé la gloriosa ebriedad que había seguido a la pócima que tomé. Reflexioné en el cambio que había sentido en mi cuerpo… en mi alma. La extraordinaria elasticidad del primero, la vigorosa ligereza de la segunda. Me observé en un espejo y no pude percibir ningún cambio en mis facciones en el periodo de cinco años que

habían transcurrido. Recordé los colores radiantes y el grato aroma de aquella pócima deliciosa: era valioso el don que concedía. Entonces, ¡yo era inmortal!

Unos pocos días después me reí de mi credulidad. El viejo proverbio de que: «Uno no es profeta en su propia tierra» era cierto con respecto a mí y a mi difunto maestro. Le amé como hombre y le respeté como sabio, pero despreciaba la noción de que podía dominar los poderes de la oscuridad, y me reí de los temores supersticiosos con que lo contemplaba el vulgo. Era un filósofo sabio, pero no tenía relación alguna con ningún espíritu salvo los de carne y hueso. Su ciencia era, sencillamente, humana; y la ciencia humana, pronto me convencí a mí mismo, jamás sería capaz de conquistar las leyes de la naturaleza, hasta llegar a aprisionar el alma para siempre en su morada carnal. Cornelius había preparado un brebaje que tonificaba el alma —más embriagador que el vino—, más dulce y aromático que cualquier fruta: probablemente poseía fuertes poderes medicinales que impartían júbilo al corazón y vigor a las extremidades, pero sus efectos pasarían… ya estaban disminuyendo en mi cuerpo. Yo era afortunado por haber bebido salud y gozo, y quizá larga vida, de manos de mi maestro, pero

mi suerte terminaba ahí. La longevidad era bastante diferente de la inmortalidad.

Seguí manteniendo esa creencia durante muchos años. A veces me invadía un pensamiento… ¿De verdad había estado engañado el alquimista? Sin embargo, mi creencia habitual era que me encontraría con el destino de los hijos de Adán a su debido tiempo… quizá un poco más tarde, pero a una edad natural. No obstante, no cabía duda de que mantenía un aspecto maravillosamente juvenil. Se reían de mí por mi vanidad de consultar el espejo tan a menudo, pero lo consultaba en vano: mi frente permanecía sin arrugas, mis mejillas, mis ojos, toda mi persona continuaba tan impecable como en mi vigésimo cumpleaños.

Me sentí atribulado. Miraba la belleza desvanecida de Bertha… más bien parecía su hijo. Poco a poco nuestros vecinos comenzaron a realizar observaciones similares, y al final descubrí que se me conocía por el nombre de *El Sabio Encantado*. La misma Bertha empezó a sentirse inquieta. Se volvió celosa e irritable, y por último empezó a cuestionarme. No teníamos hijos; estábamos solos los dos. Y aunque a medida que envejecía su espíritu vivaz se

tornaba un poco malhumorado, y su belleza disminuía tristemente, yo la amaba en mi corazón como la amante que había idolatrado, la esposa que había buscado y ganado con un amor tan perfecto.

Finalmente, nuestra situación se hizo intolerable. Bertha tenía cincuenta años… yo veinte. Con vergüenza, yo había adoptado en cierta medida los hábitos de una edad más avanzada. En el baile ya no me mezclaba con los jóvenes y alegres, sino que mi corazón se unía a ellos mientras contenía los pies, y me convertí en una penosa figura entre los jóvenes de nuestra villa. Pero antes del tiempo que ahora menciono, las cosas se vieron alteradas y nos encontramos universalmente aislados. Se decía que nosotros —al menos yo— habíamos mantenido una relación perversa con alguno de los supuestos amigos de mi antiguo maestro. Sentían pena por la pobre Bertha, pero la abandonaron. A mí se me observó con horror y odio.

¿Qué debía hacer? Nos sentábamos delante del fuego invernal: la pobreza se había hecho sentir, pues nadie compraba los productos de mi granja, y a menudo me había visto obligado a viajar treinta kilómetros hasta

algún lugar donde no era conocido para venderlos. Es verdad que habíamos ahorrado algo para un día aciago… y ese día había llegado.

Nos sentábamos junto a nuestro solitario fuego invernal: el joven de corazón viejo y su vieja esposa. Una vez más Bertha insistió en conocer la verdad; rememoró todo lo que había oído decir acerca de mí, y añadió sus propias observaciones. Me invocó a soltar el hechizo; describió cuánto más hermoso era el cabello cano que mis rizos castaños; habló sobre el respeto y el honor que se ganaban con la edad… cuán preferibles a la poca consideración que se les prestaba a los jóvenes: ¿Es que yo imaginaba que los despreciables dones de la juventud y la buena apariencia superaban la desgracia, el odio y el desdén? No, al final se me quemaría como un practicante del arte negro, mientras que ella, a quien no me había dignado comunicarle ni una parte de mi buena fortuna, podría ser lapidada como cómplice mía. Por último, insinuó que debía compartir mi secreto con ella y concederle los mismos beneficios de los que yo disfrutaba, de lo contrario, me denunciaría… Entonces prorrumpió en lágrimas.

Así acosado, consideré mejor contar la verdad. Se la revelé con toda la ternura que fui capaz de mostrar y solo hablé de una vida muy larga, no de inmortalidad… representación que, por cierto, coincidía más con mis propias ideas. Cuando finalicé, me levanté y dije:

—Y ahora, Bertha mía, ¿denunciarás al amante de tu juventud? No lo harás, lo sé. Pero es demasiado duro, mi pobre esposa, que tú debas sufrir por mi mala suerte y las malditas artes de Cornelius. Te dejaré… tienes suficientes riquezas y los amigos regresarán con mi ausencia. Me iré… joven como parezco, y fuerte como soy, puedo trabajar y ganarme el sustento entre extraños, desconocido y sin despertar sospechas. Te amé en la juventud; Dios es testigo de que no te abandonaría en la vejez, pero tu seguridad y felicidad así, lo requieren.

Cogí la gorra y me dirigí hacia la puerta. Al instante los brazos de Bertha me rodearon el cuello y presionó los labios contra los míos.

—No, esposo mío, mi Winzy —dijo—. No te irás solo… llévame contigo. Nos iremos de este lugar y, como tú afirmas, entre extraños pasaremos desapercibidos y estaremos seguros. No soy tan vieja como para

avergonzarte, mi Winzy, y me atrevo a decir que el hechizo pasará pronto, y con la bendición de Dios, adquirirás un aspecto mayor, como es lo correcto. No me dejarás.

Devolví el abrazo con calor.

—No lo haré, mi Bertha. Solo por tu bien había pensado en algo semejante. Seré tu esposo leal y fiel mientras estés conmigo, y cumpliré con mi deber hacia ti hasta el último momento.

Al día siguiente nos preparamos en secreto para nuestra partida. Nos vimos obligados a realizar grandes sacrificios pecuniarios… No pudo evitarse. Por último, conseguimos una cantidad suficiente para mantenernos, como mínimo, mientras Bertha viviera; y, sin despedirnos de nadie, abandonamos nuestro país natal para refugiarnos en un lugar remoto de la Francia occidental.

Fue cruel trasladar a la pobre Bertha de su ciudad natal y de sus viejos amigos a un nuevo país, un nuevo idioma y nuevas costumbres. El extraño secreto de mi destino hizo que este traslado fuera insignificante para mí, pero sentí gran compasión por ella, y me alegró ver

que encontraba compensación a sus desgracias en una variedad de circunstancias ínfimas y ridículas. Lejos de todos los chismosos, se afanó por reducir la aparente disparidad de nuestras edades con mil artes femeninas: maquillaje, vestidos juveniles y vivacidad de modales. No podía enfadarme: ¿Acaso yo mismo no llevaba una máscara? ¿Por qué irritarme con la de ella por tener menos éxito? Me afligió profundamente recordar que esta era mi Bertha, a quien tanto había amado y a quien había ganado con tanto arrebato: la joven de ojos y cabello oscuros, con sonrisas de encantadora astucia y paso de fauno… esta anciana remilgada, bobalicona y celosa. Debía haber reverenciado sus rizos grises y mejillas marchitas, ¡pero esto! Era mi obra, lo sabía, pero no por ello deploraba menos esta clase de debilidad humana.

Sus celos jamás descansaban. Su principal ocupación era descubrir que a pesar de la apariencia exterior yo mismo envejecía. Sinceramente, creo que la pobre alma me amaba de verdad en su corazón, pero jamás una mujer tuvo una manera más atormentadora de expresar afecto. Veía arrugas en mi cara y decrepitud en mi andar, mientras que yo marchaba con vigor juvenil, siendo el más joven de entre los jóvenes. Nunca me atreví a dirigirme

a otra mujer. En una ocasión, imaginando que la bella del poblado me contemplaba con ojos de aceptación, me compró una peluca gris. Su discurso constante entre sus conocidos era que, aunque yo parecía tan joven, mi cuerpo estaba enfermo. Y afirmaba que el peor síntoma era mi aparente salud. Mi juventud era una enfermedad, decía, y que debía estar preparado constantemente, si no para una muerte súbita y terrible, al menos sí para despertar una mañana con el pelo cano y encorvado con todas las marcas de los años avanzados. Sus advertencias se mezclaban con mis interminables especulaciones respecto a mi extraño estado, y adquirí un vivo interés, aunque doloroso, en escuchar todo lo que su rápida inteligencia y excitada imaginación podían decir sobre el tema.

¿Por qué seguir con estas nimias circunstancias? Vivimos durante muchos y largos años. Bertha tuvo que permanecer en cama por una parálisis: la cuidé como una madre lo haría con su hija. Se tornó irritable y aún seguía obsesionada con el tiempo que yo la sobreviviría. Siempre ha sido una fuente de consuelo para mí el hecho de que realicé mi deber con escrupulosidad hacia ella. Había sido mía en la juventud, y era mía en la vejez, y

por fin, cuando la cubrí con la mortaja, lloré al sentir que había perdido todo lo que de verdad me unía a la humanidad…

Desde entonces, ¡cuántas han sido mis preocupaciones y aflicciones y cuán pocos y vados mis gozos! Me detengo aquí en mi historia… no continuaré más. Un marinero sin timón o compás arrojado a un mar tormentoso, un viajero perdido en un páramo, sin hito o estrella para guiarle… ese he sido yo, pero más perdido y desvalido que ellos. A estos podría salvarlos un barco que se acerca o una cabaña lejana, pero yo no tengo ningún faro, excepto la esperanza de la muerte.

¡Muerte! ¡Misteriosa amiga de cara lúgubre de la débil humanidad! ¿Por qué a mí, de entre todos los mortales, has apartado de tu abrazo protector? ¡Oh, por la paz de la tumba, el silencio del féretro, deja de trabajar en mi cerebro y que mi corazón no lata más con emociones afectadas solo por diversas formas de tristeza!

¿Soy inmortal? Vuelvo a mi primera pregunta. En primer lugar, ¿no es más probable que la pócima del alquimista tuviera más bien longevidad que vida eterna? Tal es mi esperanza. Y ha de recordarse que solo bebí la

mitad de la poción. ¿No era necesaria la totalidad para completar el encantamiento? Haber bebido la mitad del *Elixir de la Inmortalidad* solo es ser medio inmortal… Así, mi siempre se ve truncado y anulado.

Pero, una vez más, ¿quién es capaz de numerar los años de media eternidad? A menudo trato de imaginar por qué regla puede dividirse el infinito. A veces tengo la fantasía de que los años caen sobre mí. He encontrado una cana. ¡Necio! ¿Me lamento? Sí, a menudo el temor de la edad y la muerte reptan fríamente en mi corazón; y, cuanto más vivo, más temo a la muerte, aunque aborrezca la vida. Ese enigma es el hombre nacido para perecer, cuando lucha, como yo, contra las establecidas leyes de su naturaleza.

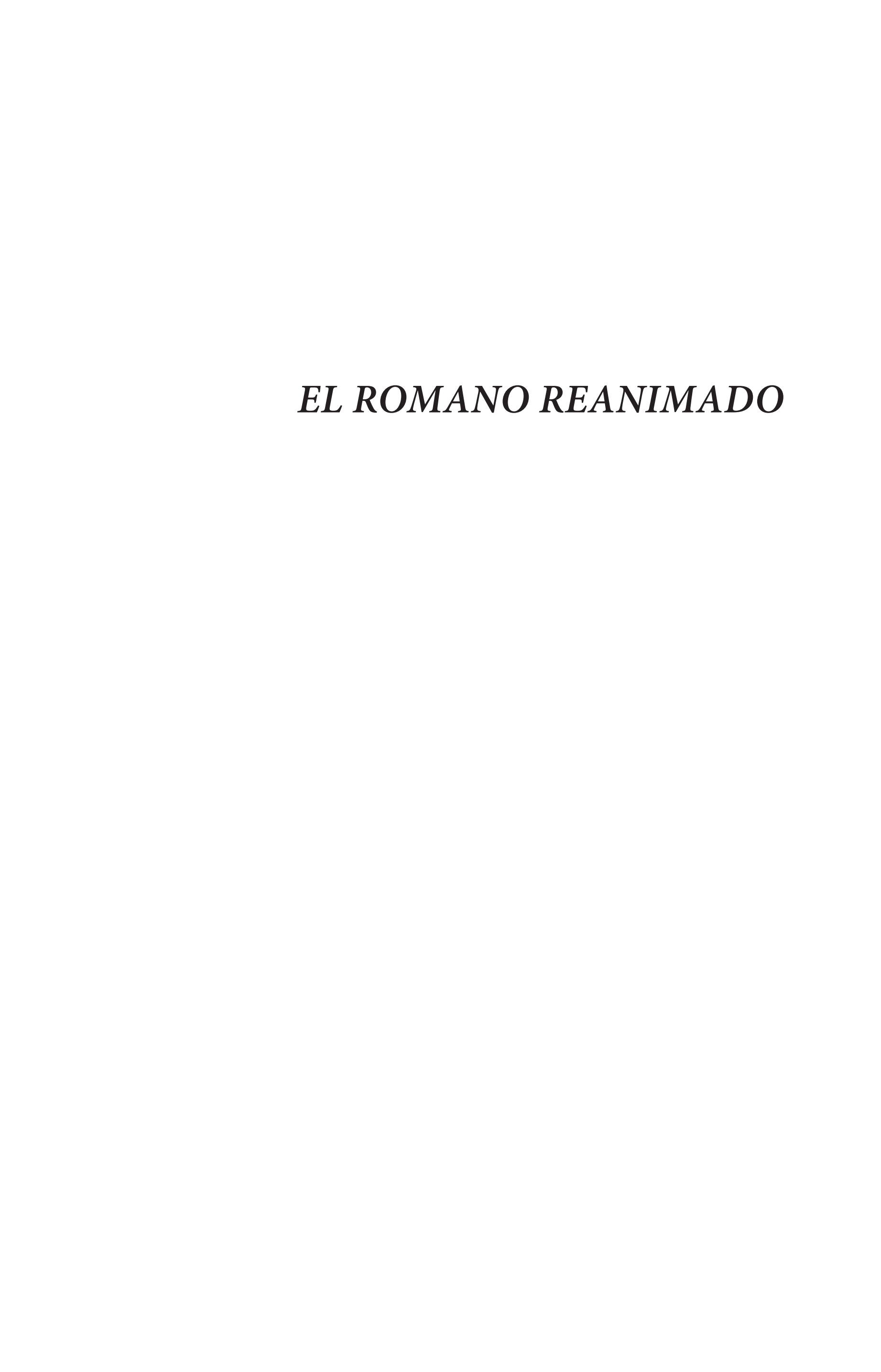
Pero seguro que por esta anomalía de sentimiento quizá muera: la medicina del alquimista no será resistente al fuego, a la espada o a las asfixiantes aguas. He mirado las azules profundidades de muchos lagos plácidos, y el tumultuoso torrente de muchos ríos poderosos y he dicho: «La paz mora en esas aguas…». Sin embargo, me he alejado de allí para vivir un día más. Me he preguntado si el suicidio sería un timen para alguien al que solo de

esa manera se le abrirían los portales del otro mundo. He hecho todo, salvo presentarme como soldado o duelista, un objeto de destrucción para mis… no, no mis compañeros mortales, razón por la que lo he evitado. No son mis compañeros. El inextinguible poder de la vida en mi cuerpo y su efímera existencia, nos separa como los polos. No podría alzar una mano contra el más débil de los más poderosos de entre ellos.

De este modo he vivido durante muchos años, solo y cansado de mí mismo, deseoso de la muerte, pero sin morir jamás, un mortal inmortal. Ni la ambición ni la avaricia pueden invadir mi mente, y el amor ardiente que roe mi corazón jamás será devuelto, jamás encontrará un igual en quien abrazarse… vive solo para atormentarme.

Hoy he ideado un plan con el que tal vez acabe con todo, sin la autodestrucción y sin hacer de otro hombre un Caín… una expedición a la que ningún cuerpo mortal podrá sobrevivir, incluso imbuido con la juventud y fuerza que habitan en mí. Así atacaré mi inmortalidad y descansaré para siempre… o retornaré para ser la maravilla y benefactor de la especie humana.

Antes de partir, una miserable vanidad me ha hecho escribir estas páginas. No moriré sin dejar un nombre atrás. Tres siglos han pasado desde que bebiera la fatal poción. No transcurrirá otro año antes de que, encontrando gigantescos peligros, luchando con los poderes de la helada en su propio terreno, asolado por el hambre y la tempestad, entregue este cuerpo, una jaula demasiado tenaz para uno que anhela la libertad, a los elementos destructivos del aire y el agua… o, si sobrevivo, mi nombre será grabado como uno de los más famosos entre los hijos de los hombres. Y una vez conseguido mi objetivo, adoptaré unos medios más decisivos y, esparciendo y aniquilando los átomos que componen mi cuerpo, liberaré la vida aprisionada en su interior, tan cruelmente frenada para partir de esta sombría tierra a una esfera más afín con su esencia inmortal.



EL ROMANO REANIMADO

Alrededor de las once de la mañana, en el mes de septiembre, dos extraños desembarcaron en la pequeña bahía formada por el punto extremo del cabo Miseno y el promontorio de Bauli. El cielo era de un intenso y sereno azul y el mar reflejaba su profundidad con una tonalidad más oscura. A través de las claras aguas se veían las algas de diversos y hermosos colores que crecían entre los restos de los palacios de los romanos ahora sumergidos bajo las aguas. El sol brillaba con fuerza, provocando un calor intolerable. Al desembarcar, los extraños fueron de inmediato en busca de un lugar a la sombra donde pudieran refrescarse y permanecer hasta que el sol comenzara su descenso hacia el horizonte. Se dirigieron hacia los campos elíseos y, caminando entre los álamos y las moreras festoneadas con las vides que colgaban en ricos y maduros racimos, se sentaron a la sombra de las tumbas junto al Mare Morto.

Uno de los extraños era un inglés de buena posición social, como fácilmente se percibía por su noble porte y modales llenos de dignidad y libertad. Su compañero —no puedo compararlo con nada que ahora exista— tenía una apariencia que semejaba la de la estatua de Marco Aurelio en la plaza del Capitolio de Roma. Sosegadas e

imponentes, sus facciones eran romanas. Salvo por su atuendo, se le habría considerado la estatua de un romano animada con vida. Lucía las ropas ahora corrientes en toda Europa; sin embargo, parecían inadecuadas para él e incluso como si no estuviera acostumbrado a ellas. Tan pronto como se hubieron sentado, empezó a hablar de esta manera:

«He prometido contarte, amigo mío, cuáles fueron mis sensaciones al revivir y qué me pareció el aspecto de este mundo (caído de lo que una vez fue) cuando la luz del sol volvió a visitar mis ojos después de haberlos abandonado durante muchos cientos de años. Y cómo podría escoger un lugar mejor para esta narración. Este es el sitio elegido por nuestra antigua y venerable religión, el que mejor representaba la idea que habían dado los oráculos, o que los adivinos recibían de los sitiales de los felices después de la muerte, estas son las tumbas de los romanos, este lugar ha cambiado mucho por la sacrílega mano del hombre desde aquellos tiempos; no obstante, aún lleva el nombre de los campos elíseos. El Averno solo se encuentra a una breve distancia de nosotros, y este mar que percibimos es el azul mediterráneo, inmutable

mientras todo lo demás luce la marca de la esclavitud y la degradación.

Perdóname… tú eres inglés y dicen que son libres en tu país… país desconocido cuando yo vivía, pero los desgraciados italianos, que usurpan la tierra una vez hollada por héroes, me llenan de amargo desdén. ¿Se atreven a usurpar el nombre de romanos… se atreven a imaginar que descienden de los señores y gobernadores del mundo? Olvidan que, cuando la república murió, cada antigua familia romana se fue extinguiendo poco a poco y que sus seguidores podían usurpar el nombre, pero no eran ni son romanos.

Yo vivía en la época de Cicerón y de Catón. Mi posición no era ni la más alta ni la más baja de Roma: yo era un caballero romano. No viví para ver a mi país esclavizado por César, quien, durante mi vida, solo se distinguió por la corrupción de sus maneras. Morí cuando contaba casi cuarenta y cinco años, defendiendo a mi país centra Catilino. En aquella época, los buenos hombres de Roma lamentaban amargamente el declive de la moral en la ciudad… Mario y Sulla, ya nos habían enseñado algunas de las miserias de la tiranía, y yo estaba

acostumbrado a lamentar el día en que el Senado apareció como una asamblea de semidioses. Pero ¿Qué hombres vivían entonces? La república se puso gloriosamente como el sol de un brillante día verano. ¿Cómo podía yo desesperar de mi país mientras hombres como Cicerón, Catón y Lúculo, y muchos otros a quienes sabía llenos de virtud y sabiduría, que eran mis amigos más queridos e íntimos, todavía existían?

No necesito atribularte con la historia de mi vida… En los tiempos modernos, las circunstancias domésticas parecen ser esa parte de la historia de un hombre más valiosa de interrogar. En Roma, la historia de un individuo era la de su país. Vivíamos en el Foro y en la Casa del Senado. Mi familia había sufrido por las guerras civiles: mi padre fue muerto por Mario; y mi tío, que cuidó de mí durante mi infancia, fue proscrito por Sulla y asesinado por sus emisarios. Mi fortuna se vio considerablemente disminuida por estas desgracias domésticas, pero vivía con frugalidad y llené con honor algunos de los puestos más altos de estado… en una ocasión fui cónsul.

Ni tampoco relataré ahora lo que tanto te interesaría… todo lo que sé sobre aquellos grandes hombres de

cuyos actos, incluso a esta distancia temporal, tienes un conocimiento tan íntimo, estos temas han formado y formarán una inagotable fuente de conversación durante el tiempo que permanezcamos juntos, pero ahora he prometido contarte qué sentí y vi cuando retorné, pues se cumplen tres años ya, a esta decadente Italia.

Al acercarme a Roma me sentí agitado por mil emociones. Me negué a ver nada o a hablar con nadie. Mudo en un rincón del carruaje, guardé celosamente mis pensamientos: a veces creyendo a mi acompañante no merecedor de mi atención; otras, aferrándome todavía con obstinación, como una madre, al recuerdo de su perdido hijo, a mi amado país y dudando de todo lo que había oído, de todo lo que esos sacerdotes me habían dicho. Creía que se había formado una conspiración contra mí. Me negué a hablar con aquellos que nos encontramos en el camino, en caso de que su dialecto alterado aplastara mi última esperanza. No visitaría ningún paisaje. La ciudad eterna sobrevivía en toda su gloria. No podía morir, y, aunque estuviera muerta, yo permanecería en silencio hasta que en las ruinas de su Foro expresara mi último lamento… y mis palabras despertarían a los muertos para que me escucharan. "Cicerón, Catón, Pompeyo —si

de verdad estaban muertos—, si todo rastro de vuestro camino estaba desgastado, aún flotan sobre el Foro… despierten, levántense… ¡denme la bienvenida!”».

El sacerdote en vano se afanó por sacarme de mi ensoñación. Mi semblante tenía las marcas del dolor, mas no le contesté. Al final exclamó: «¡Mira, el Tíber!» ¡Hermoso río! Todavía y para siempre lo será, empujas tus eternas aguas; tu nombre actuó como un hechizo. Las lágrimas cayeron veloces de mis ojos. Me bajé del carruaje. Corrí a la orilla y, arrodillándome, te ofrecí, sagrados nombres de Júpiter y Pallas, juramentos que hicieron temblar mis labios y que la luz casi abandonara mis ojos: «¡Oh, Júpiter, Júpiter del Capitolio, tú que has contemplado tantos triunfos, que tu templo todavía exista, que las víctimas aún sean conducidas a tus altares! Minerva, protege a tu Roma». En ese momento de agónica plegaria, el destino de mi país aún parecía no decidido… la espada todavía seguía suspendida. Ay, no podía creer que todo lo que es grande y bueno se hubiera marchado.

En vano mi acompañante trató de sacarme de las riberas del divino río. Me quedé sentado, inamovible,

junto a él. Mis ojos no recorrieron el paisaje circundante que había cambiado, sino que quedaron fijos en las aguas o se elevaron al cielo azul y brillante. «¡Estos… estos, al menos, son los mismos… siempre, siempre los mismos!», fueron las únicas palabras que musité cuando la caída de mi patria bajo la feroz agonía del fuego se agolpaba en mi mente. El sacerdote intentó tranquilizarme… yo guardé silencio. Al final, la fuerza de la pasión me conquistó, y después de muchas horas de loca contienda dejé que me condujeran al carruaje y, cerrando las cortinas, me abandoné a la meditación cuya amargura solo se vio disminuida por mi pérdida de fuerza.

Era de noche cuando entramos en Roma. «Mañana —dijo mi acompañante—, visitaremos el Foro». Yo asentí. No deseaba que viniera conmigo, y, por lo tanto, me retiré temprano sin expresarle cuáles eran mis intenciones. Pero tan pronto me vi libre de importunio, requerí la presencia de un guía y fui rápidamente a visitar la escena de toda la grandeza humana. La luna había salido y proyectaba una brillante luz sobre la ciudad de Roma… si puedo llamar a eso Roma, que en nada se parecía a la Reina de las Naciones tal como yo la recordaba. Pasamos delante del Corso y vi varios obeliscos magníficos, que

parecían decirme que la gloria de mi país no se había desvanecido. Me detuve junto a la Columna de Antonino, que se hundía profunda en la tierra y, rodeada por los restos de cuarenta columnas, proyectó en mi mente la noción de la decadencia. Mi corazón palpitaba con temor e indignación mientras me acercaba al Foro por caminos desconocidos para mí. Y el hechizo se quebró al contemplar las columnas rotas y los templos en ruinas del Campo Vaccino… por ese oprobioso nombre ahora debe designarse el Foro Romano. Miré a mi alrededor, pero no había nada como antes: vi ruinas de templos construidos después de mi tiempo. El Coliseo me era desconocido, y parecía como si el estado alterado de esas magníficas ruinas apagara de repente el entusiasmo de la indignación que antes había poseído mi corazón. Jamás me había atrevido a imaginarme el Foro Romano degradado y envilecido; sin embargo, en mi mente flotaba una vaga idea de columnas rotas, como las que recordaba de las imágenes caídas de los dioses abandonados a la descomposición en un lugar donde en el pasado yo los había adorado. Pero todo había cambiado, e incluso las columnas que quedan del templo erigido por Camilo perdían su identidad rodeadas por nuevos candidatos a

la inmortalidad. Con calma me volví hacia mi guía y le pregunté:

—¿Estas son las ruinas del Foro Romano?, ¿y qué es ese edificio inmenso que veo en el extremo de la avenida de árboles, cuya sombra bajo la luz de la luna parece hablar de algo magnífico y maravilloso?

—Es el Coliseo.

—¿Y qué es el Coliseo?

—¿No lo sabes? Es el afamado Circo construido por Vespasiano, emperador de Roma.

—¿Fue emperador de Roma? Bien, visitémoslo.

Entramos en el Coliseo, esa noble reliquia de grandeza imperial es verdad, imperial, pero romana. Y ese entusiasmo que las columnas rotas del Foro había extinguido, esa extraordinaria construcción volvió a despertar. La luna brillaba a través de los rotos arcos y proyectaba gloria en torno a los muros derruidos, coronados como estaban por arbustos y zarzas. Eché un vistazo y un temor reverencial se apoderó de mí. Sentí

como si habiendo abandonado el Campo Vaccino, esto se hubiera convertido en la aparición de mis nobles compatriotas. El sello de la Eternidad estaba sobre ese edificio, y mi corazón se agitaba con las abrumadoras sensaciones bajo las cuales se esforzaba por latir. No pronuncié ni una sola palabra.

¡Ay! ¡Ay! Así es la imagen de la Roma caída, rota, degradada por una odiosa superstición, pero aún invocando amor… honor; y despertando todavía en las imaginaciones de los hombres todo lo que puede purificar y ennoblecer la mente. El Coliseo es el Emblema de Roma. Sus arcos, sus mármoles, su noble aspecto, que a todos debe inspirar miedo sagrado, que, en la mente del hombre, es afín a la adoración… es maravilloso, inexpresablemente hermoso… todo habla de su grandeza. Sus muros derruidos, sus contrafuertes cubiertos de arbustos, y más que nada, las insultantes imágenes con las que está lleno cuentan su caída.

Despedí a mi guía. Nunca me iría del Coliseo. Sería mi morada durante mi segunda residencia en la tierra. Visité todos sus rincones. Desde lo más alto, observé a Roma durmiendo bajo los fríos rayos de la luna, la cúpula

de San Pedro y las diversas otras cúpulas y capiteles que crean una segunda ciudad, las estancias de los dioses sobre as de los hombres; el arco de Constantino a mis pies; el Tíber y el gran cambio en la situación de la ciudad de los tiempos modernos: todo llamó mi atención, pero solo despertó un interés vago y transitorio. Desde ese momento, el Coliseo era para mí el mundo, mi morada eterna. Es verdad que la curiosidad y la inoportunidad me han sacado de allí ahora… pero mi ausencia será corta, y mi corazón aún sigue allí. Regresaré. Y en aquel recinto sagrado, lanzaré, antes de morir, mi última llamada a los romanos y a la Libertad.

Es cierto que ya estaba convencido de que Roma había caído, que sus cónsules y triunfos habían terminado, los templos de su Capitolio destruidos. Sin embargo, el Coliseo había suavizado esos sentimientos cuya energía, de lo contrario, me habría aniquilado. La ira, la desesperanza, toda la pasión humana murieron en mi interior. Me dediqué, un peregrino durante algunos años, a un mundo en cuyas exhibiciones soy un indiferente espectador. Si Roma está muerta, huyo de sus restos, espantosos como los de la vida humana. Es solo en el

Coliseo donde reconozco la grandeza de mi país: es el único asilo que tiene valor para un antiguo romano.

Pero, de repente, la sensación tan terrible para la mente humana de absoluta soledad operó un cambio nuevo en mi corazón. Recordé como si fuera ayer todos los espectáculos que me había presentado la antigua Roma. Sentado bajo uno de los arcos del edificio, con la cara oculta entre las manos, reviví en mi imaginación el recuerdo de lo que había dejado cuando por última vez perdí la visión de la luz del día. Había dejado a los cónsules en pleno disfrute de poder. Unos años antes, el Imperio, desgarrado por Mario y Sulla, y careciendo del apoyo de la virtud de una mano protectora, parecía al borde mismo de ser sojuzgado. Pero durante mi vida se había levantado un nuevo espíritu: los hombres otra vez se sentían vivificados por la llama sagrada que ardía en las almas de Camilo y Fabricio, y me llenó de gozo ser amigo de Cicerón, Catón y Lúculo. Los más jóvenes, los hijos de mis amigos, Bruto y Casio, se alzaban con la promesa de igual virtud. Cuando morí, estaba poseído por la fuerte convicción de que, como la filosofía y las letras se hallaban unidas a una virtud sin igual en la tierra, Roma se acercaba a la perfección desde la cual no existía

la caída; que, aunque los hombres aún experimentaban miedo, se trataba de un temor sano, que les despertaba a la acción y al triunfo mejor garantizado del bien.

Cuando desperté, Roma ya no existía. Aquella luz que yo había saludado como heraldo de la perfección se convirtió en la antorcha que le añadió esplendor a su funeral… y aquellos hombres cuyas almas eran como templos de perfección, fueron las víctimas sacrificadas ante su pira fúnebre. Oh, jamás una nación tuvo tal muerte y sus asesinos celebraron semejantes juegos alrededor de su tumba como los que casi destruyen a medio mundo. No se trataba de los combates de gladiadores y bestias, sino la feroz contienda de las pasiones encontradas, la guerra de millones.

Pero todo eso ya ha acabado. La exultación del tirano se ha desvanecido. El monumento de Roma, tan espléndido a través de las edades y adornado por los saqueos de reinos, ahora se halla degradado en el polvo. Algunas columnas y arcos dispersos viven para contar cuál fue su emplazamiento, pero su pueblo está muerto. Los extraños que la poseen han perdido todas las características de los romanos: han abandonado su sagrada religión. La Roma

moderna es la Capital del Cristianismo, y ese título es la corona que se yergue sobre toda mi desesperación.

Sin embargo, la lengua humana fracasa en los intentos por describir el tremendo cambio operado en el mundo, es verdad, por el lento transcurrir de muchas edades, que apareció ante mí debido a mi singular situación como el trabajo de unos pocos días. No puedo recordar la agonía de esos momentos sin temblar. No fue un curso de pensamientos amargos, no fue la desesperanza lo que carcomió mis nervios sin mostrar ningún signo exterior, no fue el primer aguijonazo de dolor por la pérdida de los que amamos. Fue un fuego feroz que envuelve a bosques y ciudades en sus llamas, fue una tremenda avalancha que arrastra árboles y rocas y cambia el curso de los ríos, fue un terremoto que sacude el mar y derriba montañas y amenaza con mostrar a los ojos humanos los misterios interiores de la tierra. ¡Oh, fue más que todo eso! ¡Más de lo que las palabras pueden expresar o un cuadro retratar!

El extraño detuvo su narración y reinó un prolongado silencio. Tenía los ojos clavados en las aguas muertas que había ante él, y su acompañante le miró con expresión maravillada y emocionada. Una ligera brisa pasó sobre

el mar y lo agitó; su crujiente presencia se oyó entre los árboles. Un cambio ínfimo se produjo en el romano, que despertó de su ensoñación y continuó:

«Ha transcurrido un año desde que me plantara por primera vez dentro del Coliseo. Los oscuros arbustos parecían más negros bajo los rayos de la luna, y los arcos caídos se alzaban en quietud y belleza. El aire estaba en silencio: era plena noche y ningún sonido llegaba hasta mí desde la ciudad… aunque poco a poco la luna descendió y la luz del día comenzó a aparecer. Los ruidos de la vida humana empezaron a oírse, y mis propios pensamientos, que durante la noche solo habían hablado con los recuerdos, se volvieron hacia la mezquina y degradada realidad. Analicé mi situación actual, pues deseaba formar algún plan para mi vida futura. Me desagradaba mucho el sacerdote, mi compañero. Durante mi breve residencia desde mi retorno a la tierra, había concebido una gran aversión hacia la clase de hombres a la que él pertenecía. Me desagradaba la superstición católica y no deseaba tener contacto alguno con sus ministros y sirvientes. Las joyas y el dinero que poseía eran suficientes para mi sustento, y deseaba desterrar la sumisión en la que su presencia parecía colocarme. Pero, aunque me hallaba

en mi Roma natal, era para mí una ciudad extraña con costumbres desconocidas. Apenas entendía su lenguaje, y el recuerdo de mi vida anterior solo me lanzaría a ridículos errores. Fue entonces cuando intervino una especie de deidad y, enviando a mi buen genio a cuidar de mí, me sacó de mis dificultades. Estaba sentado bajo los ruinosos arcos del lado sur cuando la vi acercarse, conduciendo a su hijo de la mano. Se sentó junto a mí y, después de una pausa de unos pocos segundos, me habló en italiano:

—Perdone si le interrumpo. He visto al padre Giuseppe y sé quién es usted. No es feliz y ha sido arrojado a nuestro mundo moderno sin amigos ni conocidos. ¿Permitirá que le ofrezca mi amistad?

Me quedé confuso por esas palabras dirigidas a mí por una hermosa joven que era una perfecta extraña, y me detuve antes de poder contestar a un ofrecimiento tan amable pero tan inusual; entonces ella prosiguió:

—Considéreme, se lo suplico, como una vieja conocida… no una italiana moderna, que no lo soy, por cierto, sino como una de tantas extranjeras que su ciudad atraía. Vengo de un país lejano y no estoy, por

lo tanto, versada en su idioma y leyes. Usted tendrá que enseñarme todo lo que fue grande y valioso en sus días, y yo le enseñaré los hábitos y costumbres de los nuestros.

Así me habló, y con sus dulces sonrisas y suave elocuencia me conquistó para que confiara por completo en ella.

—Me considerará su hija —me dijo—, si una mujer escocesa puede pretender tal honor. Vengo de la Última Thule descubierta por César, pero desconocida en sus días. Estoy casada con un inglés bastante mayor que yo, pero que siente placer en cultivar mi mente. Venga conmigo a nuestra casa; allí será cuidado y honrado, y trataremos de mitigar los aguijonazos que debe infligir el caído estado de su país.

La seguí hasta su casa, y desde aquel día comenzó la amistad que representa la única esperanza y comodidad de mi vida. Si a mi regreso a la tierra mis afectos jamás hubieran sido despertados, no habría vivido mucho. Pero Isabel ha suavizado mi desesperación y cuidado con angelical amor todas las heridas de mi corazón. No puedo decirle todo lo que la amo… cuán querido es para mí el sonido de su voz. Cicerón no amó a su Tullia como yo

amo a esta criatura. Usted no puede conocer ni la mitad de sus virtudes ni la mitad de su sabiduría. Es de corazón tan franco y tan tierno que conquista mi alma y la une a la suya de una forma que jamás había experimentado en mi vida anterior. Ella representa Patria, Amigos… todo, todo lo que he perdido es ella para mí.

Y ahora he cumplido mi promesa de contarle mis primeras sensaciones al despertar a la vida. No necesito realizar una narración formal de lo que he aprendido desde entonces. En nuestro planeado viaje dispondremos de frecuentes oportunidades de conversar y discutir. Usted ha creado en mí el deseo de ver su país, y mañana embarcaremos. Dejó Roma —el Coliseo y a Isabel—, tal es mi inquieta naturaleza. Quiero, antes de volver a morir, examinar las alardeadas mejoras de los tiempos modernos y juzgar si, después de la gran fluctuación en los asuntos humanos, el hombre se encuentra más próximo a la perfección que en mis días».

El sol había descendido mucho cuando estos amigos se incorporaron y regresaron al bote. Mientras remaban de vuelta a Nápoles, el sol se puso, dejando un rico tinte anaranjado en el cielo que ardía sobre las aguas,

mientras el cabo Miseno y las islas se veían marcadas con una silueta negra en el horizonte. La luna salió del otro lado de la bahía y su luz plateada contrastó con los resplandecientes colores del crepúsculo italiano. La noche avanzó, y las luces de los botes pesqueros titilaron en el mar, mientras uno o dos barcos grandes pasaron como enormes sombras entre los paseantes y la luna. El brillante espectáculo de la puesta del sol y la pálida luz de la luna invitaban a la contemplación y prohibían a las palabras perturbar la magia del escenario. Quizá el viejo romano pensó en los días que pasara en Baiae, cuando el eterno sol se había puesto como lo hacía ahora y él vivía en otros días con otros hombres.

[La historia termina en este punto, pero otra versión fragmentada, narrada desde el punto de vista de Isabel Harley, sigue en el manuscrito.]

Cuando hube sacado a mi singular amigo de la soledad del Coliseo, yo, con el consentimiento de lord Harley, le instalé en un cuarto de nuestra casa. Al principio se cerró a la sociedad y sufrió una gran depresión del espíritu, hasta el punto de que su salud se vio afectada. Descubrí que debía emprender la tarea de interesar sus

sentimientos y esforzarme por cualquier medio para arrancarle de la apatía en la que estaba sumido. Daba la impresión de que observaba todo lo que le rodeaba como un espectáculo que no le concernía. Ciertamente, era un ser aislado de nuestro mundo. Los lazos que lo unían a él habían sido rotos muchas edades atrás y, a menos que yo tuviera éxito en atar uno de ellos de nuevo, pronto perecería. Quise ocuparle para que visitara algunas de esas magníficas ruinas que hablan de la antigua grandeza de Roma. Titubeé durante cierto tiempo en la elección; las construcciones más majestuosas habían sido erigidas después de su época, pero pensé que al estar situadas en lugares familiares a su recuerdo le proporcionarían ese interés que por serle desconocidas requerirían. Yo misma disfruté visitando los baños de Antonino, cuyos vastos montículos de muros y torres destrozados, recubiertos con hiedra y los más hermosos arbustos, parecen más el paisaje natural de una montaña, que cualquier otra cosa formada por manos humanas. Me decidí a llevarle hasta esas nobles ruinas.

Por lo tanto, un día fui a verle, y llevando la conversación a su anterior vida y muerte, le dije:

—Tuvo suerte al morir antes de la caída de su país y en no presenciar su degradación bajo los emperadores. Esos emperadores, que subieron al poder y la gloria de la república, disfrutaron de un dominio y unos ingresos desconocidos en tiempos anteriores o posteriores. Frenéticos y tremendos fueron los actos y errores de los hombres omnipotentes. Sus enemigos no podían huir de ellos. Aplastaban a voluntad los cuellos de millones. Pocos emplearon su poder para usos benéficos, pero muchos, incluso los más perversos, lo desperdiciaron en objetivos de magnificencia. Han dejado tras de sí monumentos maravillosos y yo no puedo contemplar esas maravillas como actos de grandeza imperial. Son los efectos, aunque ejecutados por manos impropias, de la virtud y el poder de la república. Cuando las visito, las admiro como obras planeadas y modificadas por Camilo, Fabricio, por los Escipios, y considero a Caracalla y a Nerón, y hasta a los más virtuosos de la tribu, Tito y Adriano, como los simples trabajadores. Cuando visito el Coliseo, no pienso en Vespasiano, que lo construyó, o en la sangre de los gladiadores y animales que lo contaminaron, sino que venero el espíritu de la antigua Roma y de aquellos nobles héroes, que liberaron a su país de los bárbaros y que han iluminado a todo el mundo con su milagrosa

virtud. Le he oído expresar desagrado al contemplar las obras de los opresores de Roma, pero visítelas conmigo con este espíritu y descubrirá que le impactarán con ese temor reverencial que el poder, adquirido y acompañado de vicio, jamás puede brindar.

Se dejó convencer y pasamos bajo el Capitolio y por la parte de atrás del Monte Palatino de camino hacia los baños. El principal emplazamiento de la antigua Roma está vacío y visitamos el Foro y las más populosas colinas de Roma a través de senderos herbosos por donde poca gente suele transitar. esto es una suerte; las ruinas perderían la mitad de su belleza si estuvieran rodeadas por edificios modernos, y solo tenemos que lamentar que el Capitolio no haya sido descuidado como el Monte Palatino y el Monte Caelius. No puedo decir cuáles eran los sentimientos de Valerio: sus emociones eran fuertes, pero seguía en silencio, alzando siempre los ojos al cielo, y en una ocasión dijo:

—Me gusta mirar el cielo, solo el cielo, pues es lo único que no ha cambiado.

Entramos en los baños y, después de visitar todas las estancias, subimos por la agrietada escalera y pasamos

por encima de los inmensos arcos y muros, que, cuando se está en ellos, parecen campos y valles y colinas. Nos hallábamos rodeados por arbustos fragantes, y su altura a ambos lados del sendero engaña y le añade aún una mayor extensión aparente a las ruinas por las que caminábamos. A veces, la parte superior de un contrafuerte se extiende hacia un campo adornado con las flores más hermosas. Luego, subiendo por un arduo sendero, llegamos a la cima de una torreta y vimos toda Roma con los recodos del Tíber a poca distancia de nosotros. De todos los lugares de Roma, este es en el que más gozo: se suma a la belleza y fragancia de la Naturaleza con la idea más sublime del poder humano; y cuando así se unen, poseen un interés y sentimiento que penetra profundamente en mi corazón.

Nos sentamos en la cima y yo busqué en los ojos de mi acompañante alguna expresión de maravilla y júbilo como las que me embargaban a mí. Sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—Me trae aquí —dijo— para contemplar las obras de los romanos, y solo observo destrucción. Qué multitud de hermosos templos convertidos en polvo. Mis ojos

vagan hacia las siete colinas y toda su gloria desvanecida está ahí. Cuando las columnas de su Foro se quiebren, ¿qué podrá sobrevivir en Roma? El Capitolio, menos feliz que el resto de las colinas que han retornado a la soledad de la Naturaleza se encuentra profanado por edificios modernos. Y estas ruinas son grandiosas, pero qué historia desgraciada cuentan estos baños no existían en mi época. Existieron en toda su magnificencia unos cientos de años después de que yo hubiera olvidado el mundo. Sin embargo, ahora sus techos han caído, y sus suelos han desaparecido; están llenos de hierbas y de arbustos, destrozados, pero todavía erguidos, y esa es la inmortalidad de Roma. Los muros de Roma siguen en pie, y describen un círculo inmenso: la ciudad moderna se halla llena con las ruinas de la antigua. Los extraños la visitan y se maravillan ante la inmensidad de sus restos. Sin embargo, para mí todo parece vacío. Los templos antiguos donde yo veneré a Quirino y a los protectores de lo que entonces llamaba la ciudad inmortal… ¡Ay, por qué despierto a la realidad!

—Usted anima —contesté— las nociones más dolorosas. Roma ha caído, pero sigue siendo venerada. Para mí es una visión singular e incluso hermosa

observar el cuidado y molestias con que sus degenerados hijos mantienen sus reliquias. Todo el mundo la visita con entusiasmo y la deja con amargo pesar. Todo parece consagrado dentro de sus muros. Cuando un extranjero reside dentro de sus límites, siente como si habitara en un templo sagrado… sagrado, aunque profanado. Y la indignación y compasión se mezclan con la admiración y le hacen experimentar sensaciones que suavizan su corazón, y no puede, ni siquiera con la edad y la aflicción, olvidarla. Me da la impresión de que, si se apoderara de mí la desgracia más grande, el recuerdo de haber vivido en Roma me consolaría algo. Si un hombre de la era de Pericles hubiera de revivir en Atenas, ¿cuánto más motivo tendrá para lamentar su caída que usted por el envejecimiento y descomposición de Roma?

Como deseaba interesar los sentimientos de Valerio, y no tanto mostrarle todas las ruinas de su país, para despertar con su visión una sensación de que en cierta medida aún se hallaba ligado al mundo, elegí en mi saber todo lo que fuera más perfecto y pintoresco. Aún no había visto el Panteón. No le llevaría aquel día, pues sabía que su conversión a la religión católica, aunque con toda probabilidad lo había preservado, le provocaría un

gran disgusto. Seleccioné el momento en que la luna era creciente y brillaría desde su altura sobre el techo abierto del templo. Una noche, a eso de las siete, sin decirle adonde íbamos, lo llevé conmigo. Rodeamos el edificio hasta una puerta trasera que estaba abierta, donde un hombre nos iluminó una pareja de sucias y estrechas escaleras. Mientras bajábamos le dije:

—Ahora va a ver un templo levantado poco después de su época y dedicado a todos los dioses.

Probablemente, esperaba encontrar una ruina, pero entramos en el templo más hermoso que todavía existía en el mundo. La brillante luna resplandecía directamente sobre la abertura del techo e iluminaba la cúpula y el sendero… algunas estrellas centelleantes parpadeaban a su lado. Las columnas brillaban débilmente a nuestro alrededor. El espíritu de la belleza parecía proyectar sus rayos sobre sus vástagos favoritos y penetrar todo —Incluso la mente humana— con una gloria suave, pero ardiente. Al contemplar esta escena, la admiración humana no se mezclaba con la profunda sensación que inspiraba: parecía disfrutar del dios actual. Si el trabajo era humano, la gloria procedía de la Naturaleza,

y esta lanzaba toda su hermosura sobre su templo divino. El cielo oscuro, la luna brillante y las estrellas parpadeantes lo cubrían por encima, y su luz y belleza lo penetraban. ¿Por qué la lengua humana no puede expresar pensamientos humanos? ¿Y cómo es que existe un sentimiento inspirado por el exceso de belleza que baña el corazón con una llama gentil pero ansiosa que puede inspirar virtud y amor, aunque el sentimiento es demasiado intenso para expresarse? Los dos guardamos silencio. Recorrimos el templo, y luego nos sentamos en los escalones de un altar y permanecimos largo tiempo en contemplación. Es en semejantes momentos cuando se siente la existencia del Amor Panteico con el que se ve penetrada la Naturaleza… y cuando una fuerte simpatía con la belleza, si se permite tal expresión, es el único sentimiento que anima el alma. Por último, cuando nos incorporábamos para marcharnos, Valerio dijo:

—¿Por qué me cuentan que todo ha cambiado? ¿Es que no existe este templo a nuestro dios?

No sé por qué —no debí haberlo hecho, pues con el acto envenené un momento de pura felicidad—, pero descuidadamente señalé una cruz que se levantaba

sobre el altar ante la cual ardía una lámpara solitaria. La cruz no alteró mis sentimientos; sin embargo, los de mi acompañante se amargaron. La manzana tan hermosa de contemplar se había convertido en polvo. La cruz le habló de un cambio tan grande, tan intolerable, que esa circunstancia destruyó todo lo que había surgido del amor y placer de su corazón. En vano traté de devolverle el profundo sentimiento de belleza y de temor sagrado con el que antes se había visto inspirado. El hechizo se había quebrado. La cúpula iluminada por la luna, el sendero resplandeciente, las débiles hileras de columnas y el oscuro cielo habían perdido la santidad para él. Se apresuró a abandonar el templo.

Mi primer cuidado fue despertar en él el deseo de conocer todo lo grande y bueno que había existido en su país después de su muerte. Desconocía a Virgilio, Horacio, Ovidio… a Livio, Tácito o Séneca. Tendrá usted frecuentes oportunidades de conversar con él, y podrá contarle mejor que yo qué sentimientos despertaron estas conferencias en su mente. Solíamos visitar un rincón oscuro del Coliseo, donde había que trepar con dificultad y al que pocos se sentirían inclinados a seguirnos. O en los muros de los baños de Caracalla,

o con más asiduidad al pie de la tumba de Cestio, ese hermoso lugar donde la muerte parece disfrutar del sol y de la azul profundidad del cielo… allí leíamos juntos y discutíamos lo que leíamos… discusiones que eran eternas. El brillante sol de Roma brillaba sobre nosotros, y la atmósfera y toda la escena estaban investidas con felicidad y belleza. Mi corazón se hallaba alegre, y era mi constante esfuerzo despertar sentimientos similares en el pecho de mi acompañante. Ahí leíamos a los Geórgicos, y yo sentía un grado de júbilo al leerlos, como jamás creí que las palabras tuvieran poder de conferir. Se trataba de un placer intoxicante, que este bello clima y la soleada y jovial poesía que inspira puede dar, y que en una atmósfera nubosa estoy convencida de que jamás habría sentido. Después de leer, visitábamos algunas de las galerías de Roma… Las horas de estudio de lord Hashley por entonces habían finalizado y él siempre nos acompañaba. La visión en Roma de las exquisitas estatuas y pinturas continuaba y aumentaba esta sensación de júbilo. ¿Simpatizaba Valerio conmigo? ¡Ay!, no. Había un tinte de melancolía en todos sus pensamientos; había una tristeza en su semblante que el sol de Roma y los versos de Virgilio eran incapaces de disipar. Sentía con profundidad, pero poco placer se mezclaba con

sus sentimientos. Mis pensamientos habían formado una sensación inexplicable de que mi acompañante no era un ser de la tierra. A menudo me detenía con ansiedad para ver si respiraba el aire, como lo hacía yo, o si su silueta proyectaba sombra a sus pies. Su aspecto era el de la vida, pero pertenecía a los muertos. Yo no experimentaba miedo o terror: le amaba y reverenciaba. Me hallaba cálidamente interesada en su felicidad, pero en estas sensaciones corrientes había una mezcla de pavor sobrenatural… no puedo llamarlo terror, aunque tenía algo ligeramente aliado con esa sensación repulsiva, un sentimiento para el cual no soy capaz de encontrar un nombre, que penetraba en mis pensamientos y, de manera extraña, caracterizaba toda mi charla con él. A menudo, cuando dejaba que mi discurso se viera llevado por mis pensamientos, encontraba la mirada de sus ojos brillantes pero plácidos; aunque solo proyectaba simpatía, me frenaba. Si apoyaba su mano sobre la mía, no temblaba, pero mis pensamientos se detenían y mi corazón palpitaba con una especie de agitación involuntaria hasta que rompía el contacto. No obstante, todo era muy leve; apenas me daba cuenta de ello, y no podía reducir mi amor e interés por él. Quizá, si yo conociera toda la verdad, mi afecto se vería incrementado

por ella, y sin esfuerzo, espontáneamente, me afanaría por devolver con interés y simpatía intelectual la barrera terrenal que parecía situada entre nosotros».

“El fuego de la medicina estaba apagado, la fragancia desapareció… y él se calmó, como todo filósofo bajo la prueba más dura y me mandó a descansar...

Colección
Lima Lee

